

EE.UU.-
Irak:
¿fuego sobre
fuego?

ESTADOS Unidos ha intentado nuevamente el pasado invierno apagar el incendio de Irak con una estrategia de más fuego. Su solución supone más daño que los que causa el régimen tiránico huseinita. Usamos el tiempo presente porque la amenaza persiste.

Los ataques contra Irak no parecen responder a una lógica progresiva de profundización en la paz. Más bien se deben a una lógica cíclica de ataques limitados que mantengan la tensión dentro de Estados Unidos y en la región de Medio Oriente. La pasada amenaza de febrero (llamada en el lenguaje épico estadounidense «Trueno del Desierto», lo cual ya es un signo revelador) no parece más que el antecedente de una próxima tormenta en fechas no muy lejanas. Se dice que se espera ya otra crisis para fines de la primavera.

Frente a esa amenaza cíclica, hacemos una serie de observaciones que nos ayuden a reflexionar para cortar esta lógica en un mundo puesto cada poco tiempo bajo la espada del nuevo Damocles.

Las razones de la amenaza de ataque han sido oscuras

LAS pruebas con las que ha argumentado la Casa Blanca para justificar su «Trueno» han estado rodeadas de desmentidos e incongruencias. Desde la UNSCOM, la comisión especial de las Naciones Unidas para el desarme de Irak, la información objetiva sobre la realidad armamentística es confusa y contradictoria. El ex portavoz de dicha comisión declaró recientemente que se desconocen los contingentes bélicos iraquíes; el actual portavoz, el australiano Butler, fue desautorizado por el Secretario General de la ONU, Kofi Annan y por algunos de los inspectores que participan como técnicos en esa misión. Esa pugna ponía en entredicho la afirmación de Washington de que Husein disponía de armas de destrucción masiva. Esto desarmaba la legitimación central de la ofensiva norteamericana, que sólo podría realizarse basada en sospechas de incierto fundamento.

El hecho de que EE.UU. manipuló a los medios y a la opinión pública con pruebas falseadas, para justificar su ataque a Irak en 1991, ha sido comprobado por numerosas fuentes de firme credibilidad. Esa realidad introduce una sospecha razonable y generalizada sobre las declaraciones e intenciones del aliado americano. En esta ocasión ha habido indicios que parecen confirmar la manipulación.

También ha habido referencias a informaciones secretas que no se podían desvelar y que justificarían el ataque.

Los datos que Washington y Londres puedan manejar para tomar esa decisión de atacar son desconocidos. Bien pudiera tener que ver con las noticias emitidas por el Canal 4 británico sobre declaraciones del Departamento de Comercio. Según eso, los Estados Unidos y el Reino Unido habían suministrado en los años 80 los materiales militares suficientes a Husein como para generar esas armas que se le suponen. Si es ésa la información secreta que saben ambos países, y sus aliados incondicionales de

Madrid y Bonn, las culpas y condenas deben ser repartidas justamente.

La única finalidad útil del siempre posible bombardeo pudiera ser acorralar a Husein hasta que se viera obligado a aceptar las condiciones de la UNSCOM. Parece que existe acuerdo en que con esa operación bélica no se destruirían los posibles arsenales (el célebre jefe militar de la «Tormenta del Desierto», general Schwatzkopf, reveló que el único modo de poder eliminarlos sería una operación con unidades de tierra, descartada por la Casa Blanca). Tampoco afectaría al régimen huseinita que, por lo contrario, se reforzaría todavía más.

Cortina de humo

NUEVAMENTE la decisión de EE.UU., y con más fuerza que su anterior bombardeo sobre Irak, ha sufrido la oposición total del mundo árabe y musulmán, y de la mayor parte de Europa. Todo el desgaste que supone para la posición estadounidense, y por tanto la occidental, hace sospechar que ese «Trueno» ha sido un espectáculo de consumo interno para Clinton. Y es que las contradicciones en la justificación han sido excesivas. Si las razones contra Irak no han variado desde hace muchos meses y las tropas estadounidenses están preparadas desde el pasado septiembre, ¿por qué no se ha producido antes de ahora? Primero, porque no responde a esa «lógica progresiva de pacificación» con que iniciamos este editorial, sino a las cíclicas necesidades de EE.UU. e Israel. Segundo, porque ha sido ahora en febrero cuando Clinton ha necesitado una «cortina de humo» para desviar la atención de la opinión pública americana y solucionar así sus problemas judiciales causados por los diversos abusos sexuales de que ha sido acusado.

Ha sido inevitable recordar por similitud el ataque iniciado por Nixon contra Vietnam en diciembre de 1972 como reactivo contra su Watergate. Y es que la América

media siempre ha apoyado mayoritariamente a sus presidentes en el curso de un conflicto armado internacional. Esto convierte la guerra en un recurso político de primera magnitud. La afirmación de M.

Albright de reservarse el derecho a atacar con independencia de cualquier resolución de la ONU, en función de los «intereses nacionales de Estados Unidos», introduce más argumentos en defensa de esta tesis del consumo interno. Dirige las justificaciones no al proceso internacional de pacificación sino a las habitaciones ovales de la Casa Blanca.

La ONU sufre progresivamente una gran fragilidad

AUNQUE finalmente la intervención del Secretario General Kofi Annan ha sido un éxito, el panorama del conflicto deja al descubierto una vez más la extrema debilidad de la ONU. En esta ocasión ha tomado un respiro por la configuración de un complejo bloque de contrapeso a EE.UU. formado por Francia y China. Rusia, aunque juega el papel de oposición, en realidad actúa ahogada por su prioridad de reconstrucción interna, para la que necesita la ayuda americana.

Las sucesivas decisiones unilaterales estadounidenses (antes, durante y después de la intervención de la ONU en el conflicto) muestran la desactualización del contrato internacional firmado tras la Segunda Guerra Mundial en el que se establecía a la ONU como mediadora exclusiva y legítima para cualquier crisis militar. El modo en que se ha formado la cobertura internacional al Trueno americano también pone de manifiesto una manera injusta de colaboración internacional. EE.UU. no lidera procesos de consenso y ni siquiera explica sus decisiones sino que se limita a reclamar lealtad a sus directivas, investidas de una conocida impunidad (véanse si no las resoluciones de condena de las intervenciones americanas en Granada o Panamá). Los gestos americanos de superficialidad y trivialización (Clinton

riéndose a pierna suelta mientras jugaba al golf) en los momentos más críticos de la amenaza, no hacen sino agravar esa sensación internacional de arbitrariedad y doblez en las intenciones de esa monarquía mundial. Esa exclusiva americana se ve sostenida por el creciente descrédito de la ONU en los años noventa. Ahogada financieramente, todavía no se ha liberado de la pésima imagen por la implicación de sus fuerzas operativas en las distintas misiones con crímenes y actitudes inmorales, que han sido testificadas con espeluznantes filmaciones.

La misma comisión que interviene en Irak, la UNSCOM, parece que reincide en un comportamiento impropio, criticado incluso por las comunidades occidentales en el Golfo.

Otro factor que ayuda a esa monarquía americana es la inexistencia de una política exterior europea y la aceptación sin criterio ni razones morales, por la superioridad estadounidense en la economía, de sus órdenes como meras instrucciones. Tal es el caso de España en las dos últimas crisis contra Irak. Cada vez más ciudadanos europeos contemplamos escandalizados el vacío de identidad moral de Europa en contraste con su armazón mercantil. En el déficit europeo pesa esta década su incapacidad frente a la aniquilación balcánica, el desastre albanés, las masacres argelinas, el bloqueo cubano, los procesos genocidas africanos, la ruina del proceso de paz palestino o esta última edición de la Guerra del Golfo.

Los beneficios de la guerra

EN esta lógica de la guerra hay tres principales beneficiarios:

- a) El primero es el tirano iraquí, que necesita la guerra para sostener su régimen. Sadam sale reforzado de esta crisis con una hábil maniobra de cálculo de riesgos por la que deslegitima a EE.UU. en la región y divide aún más a la comunidad internacional. Esta vez hasta Arabia

Saudí ha negado su ayuda a Clinton. Sadam Husein, como en otras ocasiones, exhibe la no ejecución de la amenaza como una victoria personal. Muestra de esta rentabilidad para Husein es que hasta la oposición iraquí al régimen huseinista manifestó su desacuerdo con el anunciado ataque punitivo.

b) El segundo que se ve beneficiado es Benjamín Netanyahu que, dada la inestabilidad regional, justifica aún más su incumplimiento de las resoluciones internacionales y la regresión del proceso de paz. La línea de relación de Occidente con los palestinos se debilita, ya que se acentúa en ellos la convicción de que están siendo engañados. EE.UU. aplica una rigurosidad desproporcionada con Husein mientras titubea en relación a Netanyahu (e incluso le ha vendido recientemente su más avanzada gama de **cazas**).

c) El tercer beneficiario es el bloque de países que no han sustentado la intención estadounidense. Algunos países han negociado o están en trámites con Husein, a fin de situarse con ventaja respecto al comercio petrolífero cuando se levante el embargo a Irak. Ya existen varios pactos petro-políticos con Rusia (marzo de 1997), China (mayo de 1997) y Francia (actualmente negociándose), y proyectos próximos con Turquía, Italia y España (a través de Repsol, pese a la postura oficial del Gobierno a favor de Estados Unidos, lo que pone más turbio todo el asunto).

Los que casi siempre pierden

LOS medios son más perversos que las causas y no está claro si incluso más perversos serán los fines perseguidos.

El policía o bombero mundial, en efecto, ha generado (según fuentes de la nunciatura vaticana para Irak y Jordania) 1.100.000 muertos (850.000 de los cuales son niños) y que un tercio de la población infantil sufra de desnutrición. La Iglesia católica ha gritado que basta ya

de que Occidente hable de violación de los Derechos Humanos en Irak, ante esta violación institucional de los Derechos mínimos a manos de la propia ONU encabezada por EE.UU. La Iglesia, junto con muchas otras organizaciones internacionales de defensa de la Vida, han exigido drásticamente una nueva articulación del embargo actual a favor de un embargo selectivo que permita la circulación de medios para las necesidades básicas (comer, sanar, vestir).

Ante esa realidad de un millón de muertos nos surgen varias miradas críticas. Primero, hacia la misma figura del embargo, que se muestra un mecanismo perverso tal como está siendo aplicado en el mundo (sobre todo cuando los embargos de armas son violados con impunidad). Segundo, sobre la capacidad de la sociedad civil del mundo, de Europa, de España, para reaccionar organizada y eficazmente frente a estos atropellos. Tercero, sobre la política exterior española de la que esperamos una clara dirección moral y operativa.

Los riesgos de esos ataques cíclicos son mayores que los dudosos beneficios legítimos. Primero, los que entrañan las consecuencias de desatar la fuerza destructora de los posibles arsenales químicos (representantes de los soldados americanos damnificados por la Guerra del Golfo han demandado que no se ejecute ese tipo de operaciones). Segundo riesgo, las inevitables víctimas civiles. De hecho, Carter, el antecesor demócrata de Clinton en la Presidencia, manifestó que el ataque americano «sólo traería más sufrimiento a un pueblo que ya ha padecido lo suficiente bajo ese dictador».